

Imaginen un vuelo en helicóptero. Al aumentar la altitud, la mirada abarca un territorio más vasto. Al descender, es posible observar los detalles del terreno y, si se desea, aterrizar en un lugar predeterminado. Ahora imaginemos que el vuelo es simulado, que las ventanillas son pantallas de video y que lo ahí observado no sea la virtual reproducción de un paisaje verdadero sino "Dataland", el territorio de la información. "Dataland" es el nombre que en el MIT —Massachusetts Institute of Technology— le han dado a un particular sistema de acceso a la información: textos, imágenes y filmaciones, los cuales son presentados como si estuviesen distribuidos en un plano en el que se organizan espacialmente, formando áreas y regiones reconocibles y memorizables. Luego de establecer este plano, resulta evidente la metáfora del helicóptero, del territorio y el "aterrizaje" en el dato que se busca. El ejemplo de "Dataland" me parece particularmente sugestivo de cómo se plantea y se busca la solución de un problema de capital importancia: los nuevos *media* de grabación óptica o magnética permiten almacenar, con un alto grado de densidad, una enorme cantidad de información, pero plantean el ingente problema de cómo orientarse en la masa de datos disponibles, de cómo encontrar el camino que lleve a lo que sirve. "Where in the world is the information?", que en una traducción aproximada quiere decir "¿Dónde diablos está la información?", es la pregunta que se hacía hace veinte años George A. Miller (G.A. Miller, *Psychology and Information*, American Documentation, 1968). El sentido de la pregunta era, literalmente, ¿en qué parte del *espacio* está la información? En efecto, toda información, todo dato numérico, todo fragmento literario no está ligado a los otros sólo por una red de relaciones lógicas, sino también por un sistema de referencias espaciales, es decir, se halla en un lugar preciso. Mejor aún: todo esto era claro y evidente mientras la información era registrada en los soportes tradicionales. Al pasar a los nuevos medios de registro la cuestión se torna mucho más compleja y se asiste a una suerte de crisis de la espacialidad de la información. Para explicarlo mejor, regresemos a la situación tradicional. Desde el momento en que el pensamiento ha encontrado el modo de fijarla en un soporte físico, la información —traducida en símbolos trazados por la mano o impresos por medios mecánicos— ocupa una extensión macroscópica del espacio físico. De tal manera, las palabras se alinean en el espacio unidimensional de la línea del texto, las líneas en el espacio bidimensional de la página, las páginas en el espacio tridimensional del libro. Y, a su vez, los libros forman líneas en los estantes; los estantes componen los pisos de los estantes, y estos últimos definen el espacio en las bibliotecas. El conocimiento, es decir la producción de la imagen mental, de esta compenetración de espacios, es el instrumento que sirve para responder a la pregunta acerca de dónde está la información. Desde luego hay otras maneras de llegar a este mismo punto. Existen los espacios mentales definidos por relaciones lógicas, por medio de los cuales —con índices por autores, argumentos y palabras clave— el archivista proporciona los mapas. Pero la racionalidad formal de la construcción de estos últimos los convierte en un instrumento tan indispensable para moverse en un ambiente informativo desconocido, pesado y farragoso cuando el empleo es frecuente y el ambiente tiende a volverse conocido. Al llegar a este punto se siguen otras estrategias de orientación más rápidas. A la pregunta: "¿Dónde está este dato, o este texto?", se responde: "En el estante, arriba, a la derecha, en la primera parte del libro, a mitad de la página." Son los nuevos *media* de registro óptico o magnético los que imposibilitan precisamente este paso del espacio lógico (de las palabras clave, de los índices por autores y por temas) al espacio físico (de los estantes, de los grupos de libros, de la posición en la página). O mejor dicho, como ya se verá, lo hacen imposible a menos que se actúe con artificios oportunos. Tomemos como ejemplo el registro óptico-numérico, al cual nos referimos por lo general con las siglas CD ROM, que equivale a Compact Disc Read Only Memory (las consideraciones que haremos también son válidas, en líneas generales, para los videodiscos y para las memorias magnéticas de la computadora). La elección del ejemplo no es casual: el CD ROM es un disquito de metal y plástico de 12 cm de diámetro, que, mucho más que otros medios de grabación, tiene la capacidad (potencial) de ser un producto de vasto consumo; de no estar orientado únicamente a empleos especializados sino también al público, de manera semejante al de los actuales *Compact Disc Audio*. Salvo que, por el tipo de grabación que permite, su posición mercadotécnica podría estar más cerca de la del libro que la del disco. El CD ROM, sin embargo, es un libro muy singular: en él pueden imprimirse 600 millones de caracteres, distribuidos entre 150 000 y 350 000 páginas escritas (según el peso tipográfico elegido). Además, dado que la escritura es "numérica", en él también se pueden grabar sonidos, imágenes, secuencias animadas. Dicho sea de otra manera: con un solo disco basta y sobra para incluir en él toda la Enciclopedia Británica y algunos millares de ilustraciones. Después de haber presentado este "superlibro", podemos replantearnos la misma pregunta: ¿dónde está la información? En primera instancia, la respuesta podría formularse de manera parecida a la que puede darse acerca de los libros normales: la información está impresa en un tramo de línea circular que, junto con otras, forma un plano (la superficie del disco), que a

LA PÁGINA

Por Ezio Manzini



ANIMATERIAL

su vez se halla en un espacio (la biblioteca, o mejor aún, el *juke box* que contiene los discos). Sólo que este modo de ver las cosas descuida un aspecto fundamental: la relación entre la escala dimensional humana y la de las huellas ópticas en el disco. El carácter microscópico de estas últimas es tal, que la espacialidad de la información es absolutamente ininteligible para nosotros: textos y datos se precipitan en una especie de hoyo negro, incapaz de producir cualquier imagen mental. Es cierto que el aparato de lectura conectado a un monitor permite llevar a la pantalla datos, imágenes y pasajes de textos. Pero si no se ponen en juego estrategias de representación particulares, lo que vemos es sólo una molécula de información aparentemente desligada de su contexto general. Para afrontar tal problema surgió la idea de producir, por encima de la espacialidad real pero microscópica (inimaginable por esto) datos impresos en el soporte, una espacialidad simulada, pero que parezca macroscópica (por lo tanto, imaginable). Al llegar a este punto de la disertación, volvamos a "Dataland", de donde habíamos partido, y a la propuesta de espacializar la información basándonos en la metáfora del territorio. Al lado de ésta hallamos otras propuestas, algunas de las cuales tienen ya una difundida aplicación. El éxito de Macintosh (una *personal computer* de Apple) procede principalmente de las cualidades de su *software*, que le permite tratar "físicamente" y "espacialmente" la información. La triunfadora idea (pronto imitada por todas las demás empresas y, en un principio, fruto de una más amplia investigación llevada a cabo por el Palo Alto Research Center de Xerox) fue la de simular la fisicidad y espacialidad de los soportes informativos, reproduciendo lo que sucede en el escritorio de quien trabaja con datos, textos e imágenes. Otros campos de aplicación y otros problemas de acceso a la información requieren poner en juego otras organizaciones espaciales: apartamentos, edificios y, dado el caso, la virtual reproducción de bibliotecas reales. Una vez producido un espacio virtual en el cual colocar la información, podremos pensar en volver de nuevo al establecimiento de las condiciones de acceso a los textos, condiciones comparables a las que se realizan con los soportes físicos tradicionales. Pero no es así: los nuevos *media*, sobre todo si están enriquecidos con dispositivos de acceso, de alguna manera cambian, o podrían cambiar, la idea misma de escritura y nuestra relación con ella. Para entendernos mejor, volvamos a una condición de lectura tradicional. Supongamos que estamos en casa leyendo una novela. La atmósfera de la ciudad en que se desarrolla la trama me fascina y despierta mi curiosidad. Dejo ese libro, me levanto y busco otro libro que habla específicamente de esa ciudad. Siguiendo los aspectos arquitectónicos puedo sentirme estimulado a buscar un tercer libro, de historia. . . y así sucesivamente. Ahora, en cambio, estoy ante un lector de *Compact Disc*. Imaginemos que en él esté grabado todo el contenido de mi biblioteca. El recorrido que puedo hacer a lo largo de los textos es exactamente el mismo que el anterior; sólo que el modo en que esto ocurre produce una relevante diferencia perceptiva, que depende de la diversa escala temporal en que se realiza el paso de un texto al otro. Moverse en la biblioteca "física" implica una serie de gestos, de desplazamientos, de búsqueda de páginas que, en conjunto, representan una pérdida de tiempo sustancial. El *Compact Disc* realiza la misma operación en décimas de segundo; para nuestra apreciación del tiempo, lo hace al instante. Esta variación temporal conlleva una percepción totalmente distinta de la naturaleza del fenómeno. La información a la que accedo se me presenta como inmersa en una suerte de espacio pluridimensional continuo, en el que puedo moverme a placer, cambiando de recorrido sin interrupciones evidentes. Y la escritura misma pierde su tradicional linealidad en el momento en que cada palabra siempre puede ser el punto de intersección de los diversos hilos del discurso, que proceden en distintas direcciones (que quede bien claro: moviéndome entre los libros "físicos" también puede operarse una fragmentación de la linealidad del texto, saltando de un libro a otro. Pero la separación temporal generada por la operación del traslado hace que permanezca la linealidad individual de cada segmento). Esta nueva forma de relación con la escritura propone la hipótesis de inéditas "estructuras literarias": del libro extendible (con la posibilidad de profundizar en diversos temas tocados o de seguir diversas historias entrelazadas con la historia principal), al libro en que el lector mismo es quien construye la historia (mientras el autor ofrece el ambiente, el carácter de los personajes, los antecedentes), hasta los más hueros manuales de instrucción o catálogos de productos. Aún no es tiempo de decir cuáles de estas posibilidades llegarán a ser cosa común y corriente. Pero si eso sucede, la cosa podrá tener un gran impacto cultural. Como todos sabemos, la introducción de la escritura constituyó un factor de reorganización del pensamiento. Con su advenimiento y difusión comenzamos a pensar en lo que podía ser escrito; el pensamiento tendió a una mayor linealidad. "Mientras vivimos practicando un solo lenguaje cuyos sonidos se insertan en una escritura asociada a ellos, nos es difícil concebir la posibilidad de un modo de expresión en el cual el pensamiento disponga gráficamente de una organización que podríamos definir irradiante." Así escribe Leroi-Gourhan al referirse a nuestra dificultad de comprender el pensamiento de las culturas prealfabéticas (A. Leroi-Gourhan, *El gesto y la palabra*, Einaudi, 1977). Igualmente difícil es imaginar hoy un modo de expresión en el cual el pensamiento disponga de una escritura pluridimensional e interactiva. ♦